

Pensamiento estratégico estadounidense¹

Atilio A. Boron

Director del Programa
Latinoamericano de Educación
a Distancia en Ciencias Sociales
(PLED)

Alexia Massholder

Facultad de Ciencias Sociales
de la UBA Universidad de Buenos
Aires, Argentina

El objeto de estas páginas es reflexionar sobre las ideas de algunos de los más influyentes pensadores en la política exterior norteamericana, convencidos de que una lectura crítica y atenta de sus principales trabajos, nos permitirá identificar posibles fisuras y contradicciones en los planes del imperio y, en consecuencia, contribuir al diseño de políticas efectivas para la lucha antimperialista.

Sin dudas, la primera referencia obligada es Zbigniew Brzezinski.² Consejero de Seguridad Nacional en la época de James Carter, este personaje ha circulado por los pasillos de la Casa Blanca ininterrumpidamente desde mediados de los años setenta. En la actualidad se ha convertido en un asesor informal del propio Barack Obama, y sus obras han gozado de una gran repercusión internacional. En ellas se ponen de manifiesto algunos de los problemas que los EE.UU. enfrentan en su estrategia de dominación global.³

¹ Este trabajo se basa en la transcripción de la conferencia que Atilio Boron y Alexia Massholder ofrecieron en el Instituto Superior de Relaciones Internacionales (ISRI), en septiembre de 2014, en La Habana, Cuba.

² La gravitación de los pensadores que mencionaremos en el presente artículo, puede equipararse en influencia a la de Henry Kissinger y Samuel Huntington,

³ En una presentación del libro en el año 1997 en la Universidad de Columbia, Brzezinski comentó que no se refería a América Latina en su libro, porque no representaba un tema de política internacional, sino de política doméstica de Estados Unidos.

En el libro de 1997, *El gran tablero mundial*, se percibe todavía una confianza en la continuidad de la primacía norteamericana a nivel planetario, y una ausencia de cualquier referencia a la eventual “declinación” o “decadencia” de Estados Unidos. Indudablemente, ese texto se originó en el “clima” del entonces reciente derrumbe de la Unión Soviética, que contribuyó a presentar a EE.UU. como “ganador” de la Guerra Fría. Eran tiempos de un sistema internacional caracterizado por el auge del “unipolarismo”, en donde la primacía de los EE.UU. se suponía perduraría inalterada a lo largo de todo el siglo veintiuno. Puede leerse allí una evaluación del autor sobre el “resultado final” del enfrentamiento con la Unión Soviética:

“El resultado final estuvo también influenciado de manera significativa por consideraciones culturales. La coalición liderada por los Estados Unidos aceptaba en general como positivos muchos de los atributos de la cultura política y social estadounidense. Los dos aliados más importantes de los Estados Unidos en las periferias occidental y oriental del continente euroasiático, Alemania y Japón, recuperaron su salud económica en el contexto de una admiración casi ilimitada por todo lo estadounidense. Los Estados Unidos eran percibidos, en sentido amplio, como una representación del futuro, como una sociedad digna de admiración y que merecía ser emulada.”⁴

En contraste con esta mirada sobre los Estados Unidos, Rusia, centro del bloque comunista, “era culturalmente menospreciada por sus vasallos centroeuropeos y más aún por su principal aliado oriental, cada vez más activo: China”. Todos los índices analizados por el autor en este libro, tienden a mostrar la inexorable superioridad estadounidense sobre la soviética.

El segundo libro, *Visión Estratégica* (aún no publicado en lengua castellana), apareció quince años después y es una sutil y muy informada reflexión en torno a la ya evidente decadencia y declive del poder norteamericano, y aunque en reiterados pasajes se extremen argumentos para demostrar que se trata de fenómenos graduales, se puede allí corroborar la radicalidad de los cambios que tuvieron lugar en los últimos 15 años. Veamos entonces algunos de los planteos centrales de ambos trabajos.

En *El gran tablero mundial*, Brzezinski plantea los tres principios estratégicos fundamentales, que deben ser seguidos por los EE.UU. en su relación con los demás países. Escribe nuestro autor que:

“Para usar una terminología propia de la era más brutal de los antiguos imperios, los tres grandes imperativos de la geoestrategia imperial son los de impedir coaliciones entre los vasallos y mantener su dependencia en términos de seguridad, mantener a los tributarios obedien-

⁴ Zbigniew Brzezinski, *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Paidós, México, 1997, p. 18.

tes y protegidos, e impedir la unión de los bárbaros”.⁵

El primero de los principios, impedir coaliciones o acuerdos entre los vasallos, y mantener su dependencia en términos de seguridad, se refiere fundamentalmente a Europa y Japón. El segundo, mantener a los tributarios obedientes y protegidos, alude básicamente a los países de América Latina y a unos cuantos países de África y Asia. Y el tercer principio, impedir la unión de los bárbaros, que en el caso de América Latina, aunque no lo explicita, implicó la concepción de reagrupamientos estratégicos como UNASUR, ALBA o CELAC, que buscan ser bloqueados, por ejemplo, con el fortalecimiento de la Alianza del Pacífico. La “rebelión de los tributarios” responde además a un fenómeno que Brzezinski menciona repetidamente a lo largo de su obra, esto es, el despertar político de vastos sectores sociales previamente inmersos en la pasividad, como uno de los fenómenos centrales de la época actual, en el que el poder global, para el autor, se encuentra mucho más disperso. Este despertar se produce a partir de la masificación del acceso a la televisión y a Internet, que permitió que poblaciones anteriormente aisladas del acontecer político internacional, lograran un mayor acceso a esa realidad y una mayor tendencia a la agitación política. Es más que interesante detenernos en una de las

afirmaciones más contundentes de Brzezinski al respecto:

“La generación más joven responde particularmente a este despertar político dado que Internet y los teléfonos celulares les han permitido liberarse del marco limitado de la realidad política local. Son asimismo la masa política más inclinada a la militancia. En buena parte del mundo actual, los millones de estudiantes universitarios son el equivalente de lo que Marx denominaba “proletariado”: el inquieto trabajador de la temprana edad industrial propenso a la agitación ideológica y a la movilización revolucionaria.”⁶

Despertar político que adquiere además un tono contestatario en relación con EE.UU. Recordar que un año antes de la publicación de *Visión Estratégica*, comenzaron los acontecimientos en el norte de África (la así llamada “primavera árabe” en Túnez, Egipto y otros países del área) que tomaron por sorpresa a la Casa Blanca. Y esto, el despertar político, es para Brzezinski un dato novedoso, muy importante y también preocupante de la escena internacional.

Respecto a las grandes transformaciones en el terreno internacional, Brzezinski plantea que además de EE.UU. existían en 1997 cinco jugadores clave: Francia, Alemania, Rusia, China y la India. Y este es uno de los grandes cambios registrados entre fines de la década de 1990 y la publicación de *Visión Estratégica* en

⁵ Zbigniew Brzezinski: Ob. cit., p. 48. En esta traducción *collisions* fue traducido como *choques*, cuando en realidad se refiere a *coaliciones*.

⁶ Zbigniew Brzezinski: *Strategic Vision*, Basic Books, New York, 2012, p. 31. La traducción nos pertenece.

el 2012, año en que, por ejemplo, los países europeos en su conjunto no revestían una importancia gravitante. El fracaso de la unión política y económica de Europa restó importancia al viejo continente como actor político. El único factor de unidad de los países europeos es la OTAN, y esto solo representa una unidad subordinada por su dependencia del Pentágono. Incluso Gran Bretaña es caracterizada, no sin crueldad, como un “actor geoestratégico jubilado que descansa en sus espléndidos laureles”.⁷

En ese contexto de 1997, como anticipamos, Brzezinski descartaba la posibilidad de un debilitamiento de EE.UU., que se presentaba, luego de la caída de la Unión Soviética, como “la única e, indudablemente, como la primera potencia realmente global”. Partiendo de esa base, el objetivo de *El gran tablero* era formular una geoestrategia global e integrada, para preservar el papel central de Estados Unidos como “arbitro político” en todo el mundo, pero prestando especial atención a Eurasia que, como exponía el autor, “es el tablero en el que la lucha por la primacía global sigue jugándose”. Un continente fundamental que contaba, para 1997, con el 75% de la población mundial, el 60% del PNB mundial y las ¾ partes de los recursos estratégicos conocidos. Dicha estrategia global debía apoyarse en la construcción de “una comunidad global basada en las relaciones de

cooperación”. Por supuesto, cuidando que ninguna otra potencia hiciera sombra a este diseño, y entendiendo cooperación en los términos definidos por los Estados Unidos. Frente a un continente tan densamente poblado, tan diverso culturalmente, y compuesto por estados que tienen sus propios planes de proyección geopolítica como los que integran Eurasia, hace falta “un despliegue cuidadoso utilizando maniobras, diplomacia, coaliciones, cooptación y otros recursos políticos”. Y dentro de esa estrategia nos interesa subrayar lo que Brzezinski plantea como “flexibilidad ideológica y dinamismo económico”, pero sobre todo como “atractivo cultural”. Y eso lo destacamos no porque el autor lo resalte como estrategia principal, sino porque es algo que se desprende de la lectura de la totalidad del libro, e incluso de *Visión Estratégica*, pero que también se vincula al concepto de “poder blando” propuesto por otro teórico del imperio, Joseph Nye, al que nos referiremos más adelante.

Dentro de ese continente estratégico, Eurasia, Brzezinski alertaba sobre potenciales “contingencias relacionadas con los futuros alineamientos políticos (...) que intenten empujarlos [a los Estados Unidos] fuera de Eurasia”. Entre esas contingencias, continuaba, “el escenario potencialmente más peligroso (pero, también el menos probable) sería el de una gran coalición entre China, Rusia y quizás Irán, una coalición

⁷ Zbigniew Brzezinski: *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Ob. cit., p. 52.

antihegemónica unida no por una ideología sino por agravios complementarios”.⁸ Quince años después, si hay un cuadro internacional en el que se redefine la interrelación entre las potencias es justamente el que se precipita por la alianza de Rusia, China e Irán, esto es, el peor de los escenarios posibles imaginados por el autor. El peor y, se decía en 1997, el menos probable. Pero fue el que, a la postre, se concretó para desgracia de Washington. Escenario que en septiembre del 2014 se agravó cuando inesperadamente la India comunicó que había solicitado su incorporación a la Organización de Cooperación de Shanghai, forjada por Beijing y Moscú, y al cual ya se habían adherido Irán y varias otras potencias asiáticas.

Estos cambios fueron una de las principales motivaciones para publicar el segundo de sus trabajos que comentaremos: *Visión Estratégica*. En este libro, se afirma que uno de los objetivos centrales que debe trazarse la dirigencia política de EE.UU. es profundizar acciones orientadas a algo que la URSS fue incapaz de lograr cuando era una potencia con proyecciones de dominación similares: esto es, hacer que los países de su bloque adopten los patrones culturales, mentales y políticos propios del centro imperial. Brzezinski, al igual que Nye, reconocen que en el terreno ideológico y cultural, los avances hechos por EE.UU. en la exaltación de la sociedad americana como un modelo insuperable han

sido extraordinarios, cosa que del otro lado de la trinchera fue reconocido por Fidel cuando, precisamente a causa de ello, convocó a librar la “batalla de ideas.”

Y aquí aparece uno de los problemas que en el libro de 1997 no pudo ser abordado, porque la caída de la URSS se había producido apenas unos pocos años antes, y es el que alude al papel que debía jugar EE.UU. luego de la desintegración del sistema soviético. Esta cuestión es retomada en el libro de 2012, donde su autor se lamenta por no haber aprovechado aquel momento histórico excepcional para construir una dominación global apelando a las múltiples tácticas mencionadas más arriba. En efecto, a partir de la caída de la URSS, EE.UU. queda en posición de única superpotencia realmente global, cuyo poder no residía solamente en la capacidad de movilizar recursos económicos y militares, sino en la posibilidad de difundir masivamente el *american way of life*, es decir, el conjunto de elementos vinculados a los patrones de consumo, valores, mentalidades y de identidades políticas construidas en EE.UU. Fue, sostiene Brzezinski, una preciosa oportunidad lamentablemente desaprovechada.

Otro tema que Brzezinski retoma de su trabajo anterior es el análisis de la caída de los grandes imperios (Romano, Chino, Mongol, Británico, Español, para concluir que el factor determinante de ese desenlace fue la imposibilidad de generar una cul-

⁸ Ibid., p. 63.

tura política dominante en todos los territorios sometidos a la órbita imperial. El poder imperial de Roma, por ejemplo, se hizo insostenible cuando “el imperio creció demasiado para poder gobernarlo desde un único centro”.⁹ Sumado al hedonismo cultural de la dirigencia romana y a los serios problemas inflacionarios de su época, el Imperio Romano terminó cayendo corroído por factores internos. Lo mismo ocurrió con el Imperio Chino en sus diversas épocas, aunque no puede negarse la incidencia de ciertas potencias europeas que supieron explotar el malestar chino, como Gran Bretaña con la Guerra del Opio, de 1839 a 1842. También el Imperio Mongol enfrentó problemas por su expansión territorial. Sus gobernantes procuraron solucionarlos a través de la división en partes autónomas, pero esto terminó contribuyendo en definitiva a la desintegración de la unidad imperial.

Con todo, Brzezinski considera que los imperios anteriores no llegaron a tener la dimensión global que representa la dominación de los EE.UU., basada en cuatro pilares: la supremacía militar, económica, tecnológica y cultural. Y es en estas bases en las que podemos encontrar amplias diferencias entre las afirmaciones de 1997 y la realidad imperante en 2012. Detengámonos entonces en algunos de los contrastes.

Brzezinski pone mucho énfasis, en 1997, en el dinamismo económico de EE.UU., que le permitió, a la salida

de la Segunda Guerra Mundial, representar el 50% del PNB mundial. Hoy, aquella cifra se ha reducido a poco menos de la mitad, y todo indicaría que seguirá disminuyendo.

En el plano tecnológico y de la innovación, el fenómeno que se produce en el siglo XXI es que la ciencia ya no es aprovechada solo por los americanos, sino también por los que pueden asistir a las universidades de elite, en donde se producen los grandes desarrollos tecnológicos. Son principalmente orientales: chinos, japoneses, surcoreanos, malasio, etc, dado que la situación económica imperante en EE.UU., priva de posibilidades a una familia tipo norteamericana de enviar a sus hijos a la universidad. Se produce entonces, un traslado de esta capacidad tecnológica hacia países asiáticos, cuyos jóvenes, van a estudiar a Estados Unidos o Europa, conocen lo más avanzado de la tecnología contemporánea y luego regresan a sus países de origen.

En el plano militar, Estados Unidos sigue siendo la primera potencia mundial. Pero tanto en 1997 como en 2012, puede observarse una inquietante preocupación, porque esta clara supremacía no ha logrado traducirse en la posibilidad de una dominación efectiva. Guerras como las desatadas por los Estados Unidos contra Afganistán o Irak, sostiene el autor, terminan generando un efecto negativo en varios aspectos fundamentales para el manejo de la opinión pública. Luego del 9/11, se exa-

⁹ *Ibid.*, p. 19.

cerbó la idea de un terror amenazante para los Estados Unidos, como base de la movilización de la opinión pública en apoyo a la cruzada anti-terrorista, con epicentro en Irak. Incentivar este miedo, dice el autor, pudo haber representado una herramienta potente en el corto plazo, pero tuvo costos muy significativos en el largo plazo. La guerra contra el terrorismo, señalando al mismo tiempo motivaciones raciales o religiosas, deterioró las “credenciales democráticas” de los Estados Unidos, tanto en el plano local como en el internacional. Según reconoce Brzezinski

“La gran mayoría de los aliados de Estados Unidos vieron la guerra del 2003 contra Irak como una acción unilateral, dudosa, y que representaba una reacción desmedida frente al 9/11. Incluso en Afganistán, donde los Estados Unidos fue seguida por sus aliados en un primer momento para enfrentar a Al Qaeda, el apoyo fue oscilando y disminuyendo gradualmente. Antes que los propios norteamericanos, los aliados de la OTAN involucrados en la guerra en Afganistán se dieron cuenta de que el discurso de Bush articulando la guerra contra Al Qaeda con el objetivo de crear un Afganistán democrático y moderno era una contradicción en términos y en objetivos.”¹⁰

En efecto, una de las preocupaciones centrales desarrolladas a lo largo del libro del 2012, es el tema de la opinión pública. El autor llama la atención sobre el efecto negativo de

algunas políticas, influenciadas muchas veces por fuertes lobbies, que privilegian el interés económico o lucrativo inmediato, por sobre las verdaderas necesidades estratégicas de los EE.UU.

En el marco de estas preocupaciones, y de la comprobación de los cambios operados desde 1997, Brzezinski propone en *Visión Estratégica* una reformulación de los problemas que planteaba en su trabajo anterior. Hay cuatro preguntas centrales que desarrollarán en el libro, plausibles de convertirse en líneas de investigación y estudio para nosotros.

- 1) ¿Qué implicaciones tiene la cambiante distribución del poder global de Occidente a Oriente y del despertar político de la humanidad a través del desarrollo de comunicaciones y tecnologías?
- 2) ¿Por qué decayó el atractivo de los EE.UU. y se desperdició el desenlace pacífico de la Guerra Fría?
- 3) ¿Qué consecuencias tendría el declive del poder global de EE.UU.? ¿Puede China ocupar su lugar para el 2025?
- 4) ¿Cómo debería EE.UU. definir sus objetivos geopolíticos a largo plazo, y cómo atraer, apoyándose en su aliado europeo, a la idea de un “Occidente” más completo en lo político y lo cultural, un “Occidente” que no sea tan solo geográfico?

Todas estas interrogantes dan cuenta de una preocupación central respecto al emergente protagonismo

¹⁰ Zbigniew Brzezinski: *Strategic Vision*, . Ob cit., p. 70. La traducción nos pertenece.

de China en el tablero geopolítico mundial. Si bien la respuesta del libro a la tercera interrogante, sobre el posible reemplazo de Estados Unidos por China como potencia global, es negativa, una lectura atenta, y el hecho mismo de estudiar una proyección respecto a un año concreto, el año 2025, nos permiten inferir que el temor por el crecimiento del país asiático es mucho mayor al expresado en el libro. Sobre todo porque China no es ya un país aislado como podía pensarse en la década de 1990 desde una perspectiva occidental, sino porque hay unos lazos concretos (políticos, culturales y sobre todo económicos) que unen a la potencia asiática con numerosos países en el resto de los continentes.

Frente a este ascenso, la idea de construir un “Occidente más grande y vital” se presenta como un objetivo central para aglutinar países en torno a los valores y creencias de los Estados Unidos. Esto se torna más evidente aún, cuando el autor proporciona una definición de “Occidente”: “una combinación de creencias espirituales, principios filosóficos ligados a la satisfacción del individuo, los derechos civiles y el compromiso con las leyes de los estados democráticos”. Es decir, lo que están proyectando como la extensión de Occidente es sobre todo la dominación cultural. Volveremos sobre este punto central al final del trabajo.

La evidente declinación de los Estados Unidos, puede verse también en el análisis prolijo y minucioso de las debilidades y las fortalezas de este

país. inventariadas por nuestro autor. Brzezinski nos dice que hay seis elementos que demuestran las crecientes dificultades de ese país, para conservar la primacía mundial que había gozado durante tantos años:

- 1) *La deuda nacional.* Sabemos que la deuda pública de EE.UU. supera al producto bruto norteamericano. Primera anomalía. Los imperios del pasado tenían una constante: el centro imperial era el acreedor de las periferias. Ahora es al revés: China, Japón, Corea del Sur, Rusia, Brasil e India son algunos de los principales acreedores de la deuda pública de EE.UU., que crece a un ritmo desorbitado y ya excede el tamaño de su Producto Interno Bruto.
- 2) *Una brutal hipertrofia del sistema financiero, que está generando una política de estancamiento y recesión muy fuerte.* Comparte las críticas sobre los problemas causados por la financiarización del capitalismo contemporáneo.
- 3) *Un nivel de desigualdad social y económica creciente dentro de los EE.UU.* Obama se queja y se lamenta de eso, por la concentración de los ingresos a favor del 10% más rico, como si él no tuviera nada que ver o no pudiera hacer nada al respecto. Después del salvataje de los bancos hecho por Obama, algunos CEOs del sistema bancario recibieron pagos por compensaciones del orden de los 15 o 20 millones de dólares anuales. Esto contrasta con los 52 mil dólares anuales recibidos por una familia

tipo de los Estados Unidos según lo informa la oficina del censo de los EE.UU.

- 4) *Una infraestructura decadente.* Y hay un dato llamativo. EE.UU. tiene una superficie similar a la de China, casi 10 millones de km². Para el 2015, China va a tener una red de trenes de alta velocidad con una extensión de 15 mil km. Y quieren hacer uno de alta velocidad —de carga, no de pasajeros— desde Beijing hasta Lisboa. ¿Cuántos km de alta velocidad tiene EE.UU.? Cero. Este es uno de los muchos indicadores. Esto implica algo que señalan muchos economistas: la pérdida de competitividad económica de los EE.UU., por el uso de camiones para mover sus mercancías hasta los puertos y el enorme derroche de gasolina que esto significa.
- 5) *La fenomenal ignorancia del público norteamericano sobre cuestiones internacionales, que impide un proceso racional de elaboración de políticas públicas sobre esos asuntos y desafíos.* En 2006, una encuesta mostró que el 63% de los jóvenes adultos no podían señalar a Irak en el mapa, el 75% no podían encontrar Irán, y el 88% no localizaban Afganistán. Salvo los cinco periódicos principales, la prensa local y la TV muestran poco de los asuntos mundiales, excepto las catástrofes o noticias sensacionalistas.¹¹ Y no más. Y por supuesto un par de canales de

televisión. Eso dificulta una discusión racional sobre qué es lo mejor para los EE.UU. en materia de política exterior, que queda librada a lo que decidan unos pocos. Y Brzezinski es muy crítico de lo que pasó en años de Bush, de aquel delirio de hablar del “nuevo siglo americano”. Podíamos ser, y seguimos siendo, la potencia dominante, pero aquella ensoñación no tenía ningún fundamento.

- 6) *La parálisis política.* EE.UU. tiene un sistema partidario anquilosado que le impide tomar decisiones políticas racionales, no solo en la política doméstica, sino también en la política internacional. Pero nada dice Brzezinski del lobby del complejo militar industrial, ni del de Israel, que también son factores de debilidad sistémica.

Sobre las fortalezas, sus argumentos resultan más endebles. El más sólido es la afirmación de que Estados Unidos es la potencia que tiene fronteras más seguras y vecinos menos amenazantes. China y Rusia, en cambio, tienen problemas y cuentas pendientes con casi todos sus vecinos. EE.UU., a su vez, tiene una salida segura a los dos grandes océanos del mundo, y se ha anexado *de facto* a sus países de frontera. El ASPAN, Acuerdo de Seguridad y Prosperidad de América del Norte (un simple acuerdo entre jefes de gobierno que no pasó por ningún legislativo ni de México ni de Canadá ni de EE.UU.) está funcionando y

¹¹ Zbigniew Brzezinski: *Strategic Vision*, Ob cit p. 52. Los cinco periódicos principales son *New York Times*, *Washington Post*, *Los Angeles Times*, el *San Francisco Chronicle* y el *Chicago Tribune*.

gracias a él, Estados Unidos ejerce un control directo, legal y abierto, visible a la luz del día, sobre temas sensibles (terrorismo, narcotráfico, migraciones, etcétera) dentro de México o Canadá.

A pesar de los intentos de matizar las preocupaciones con argumentos sobre el poderío norteamericano, minimizando la idea de un proceso de decadencia o de declinación, vuelve a plantear tres futuros escenarios posibles en la escena internacional. Ninguno de ellos supone el fortalecimiento de la hegemonía, ni siquiera de la estabilización de la hegemonía norteamericana.

El primero es que haya una crisis económica profunda que produzca el desplome de los EE.UU., lo cual generaría el inicio de lo que llama un escenario posimperial. Consecuencias: un caos internacional de vastas proporciones. El segundo es una decadencia más larga y gradual de los EE.UU. El tercero es que se recupera de sus problemas internos, logra recomponer la economía pero eso se hace a costa de una retirada de su involucramiento en asuntos internacionales, en un nuevo "aislacionismo".

Hacia el final del libro, afirma que es menos problemático el retroceso hegemónico que el desorden internacional. Y cuando uno mira la escena contemporánea los síntomas caóticos son evidentes. Porque aun cuando lo quisiera China, no puede ocupar el lugar de los EE.UU. Este

país es irremplazable no por sí mismo, sino porque el sistema internacional ha cambiado y mucho. No es que sale EE.UU. y entra China. Ahora hay otro sistema, multipolar, multicéntrico, y como tal es mucho más complejo. Ya no existe el sitio de primacía total que antes ocupaba EE.UU. China, además, no quiere ocupar ese lugar, en consonancia con la siguiente máxima que Deng Xiaoping aconsejó a los diplomáticos chinos y que Brzezinski dice que EE.UU. debe tener muy en cuenta: "Observe las cosas con calma, asegure su propia posición, trate los asuntos internacionales con mucha mesura, esconda nuestras capacidades y apueste al tiempo. Sea bueno en eso de mantener un perfil bajo, y jamás diga que usted quiere ser el líder".¹²

Frente a todos estos problemas, *Visión Estratégica* plantea la necesidad de un "rol dual" de los Estados Unidos, para mantener el equilibrio mundial y preservar su papel central. Este rol debe apuntar a ser el *promotor* y *garante* de la unidad de "Occidente", y debe ser al mismo tiempo quien garantice el *balance*, jugando el papel de *conciliador* entre los poderes centrales de Oriente.

Para este "rol dual", es imprescindible no sólo ganar a la opinión pública nacional e internacional, sino hacer prevalecer la idea de la conveniencia de los valores "occidentales" (definidos, como vimos, por los Estados Unidos) que le faciliten los

¹² *Ibid.*, p.81. La traducción nos pertenece.

vínculos con los gobiernos del Este. Y en este punto, la batalla cultural se nos presenta como central. Terminemos entonces con algunas referencias a otro de los pensadores que ha tratado este tema con particular detenimiento desarrollando la idea del “*smart power*” (“poder inteligente”): Joseph Nye.

En el año 2004, este otro influyente pensador en lo que respecta a las relaciones internacionales, publicó *Soft power and American foreign policy*, un trabajo en el que desarrolla lo central de sus reflexiones sobre el llamado “poder blando”, definido como “la habilidad de obtener lo que quieres a través de la atracción antes que a través de la coerción o de las recompensas”.¹³ Este poder “blando” debe ser utilizado en combinación con el “poder duro” tradicional, para obtener como resultante un “poder inteligente”, que garantice la efectividad de la política exterior de los Estados Unidos.

Uno de los argumentos centrales de Nye es que luego del 9/11, lo decisivo en la política internacional no es “cuántos enemigos mato”, sino “cuántos aliados sumo”. Porque el poder tiene varias dimensiones, y la fortaleza militar es importante, pero es solo una de estas dimensiones.

El “poder blando”, dice Nye: “Surge del atractivo de la cultura de un país, de sus ideales políticos y de sus políticas. Cuando nuestras políticas son vistas como legítimas a ojos de

los demás, nuestro poder blando se realza. América ha tenido durante tiempo mucho poder blando. Pien- sen en el impacto de las Cuatro Li- bertades de Franklin Delano Roosevelt en Europa a finales de la II Guerra Mundial; en gente joven tras el Telón de Acero escuchando música americana y noticias en la Radio Europa Libre; en los estudian- tes chinos simbolizando sus protes- tas en la plaza de Tiananmen con una réplica de la Estatua de la Libertad; en los recientemente liberados afganos pidiendo en 2001 una copia de la Carta de Derechos; en los jóve- nes iraníes de hoy viendo subrepti- camente vídeos americanos prohi- bidos y programas de la televisión por satélite en la intimidad de sus casas. Todos estos son ejemplos de poder blando. Cuando puedes conseguir que otros admiren tus ideales y que quieran lo que tú quieres, no tienes que gastar mucho en palos y zana- horias para moverlos en tu dirección. La seducción es siempre más efecti- va que la coerción, y muchos valo- res como la democracia, los derechos humanos y las oportunidades indi- viduales son profundamente seduc- tores”.¹⁴

O Parafraseando a Brzezinski, más allá de lo que piense acerca de sus valores estéticos, la cultura de masas estadounidense ejerce un atractivo magnético especialmente sobre la juventud del planeta. El au- tor afirma que si bien puede que esa

¹³ Nye desarrolló el concepto de *poder blando* por primera vez en 1990, en el libro *Bound to Lead*.

¹⁴ Joseph Nye: “El poder blando y la política exterior americana”, en *Relaciones Internacionales*, núm. 14, junio de 2010, GERI-UAM, p. 119.

atracción se derive del hedonismo del estilo de vida que proyecta, su atractivo global es innegable, dato que se demuestra con el hecho de que los programas de televisión y las películas estadounidenses, representan alrededor de las tres cuartas partes del mercado global. También subraya que la música popular estadounidense es igualmente dominante, en tanto que las novedades, los hábitos alimenticios e incluso las vestimentas estadounidenses son cada vez más imitados en todo el mundo. La lengua de internet es el inglés, y una abrumadora proporción de las conversaciones globales a través del ordenador se origina también en los Estados Unidos, lo que influencia los contenidos de la conversación global.

Al igual que Brzezinski, también Nye ha estudiado detenidamente la historia de los imperios. En todos ellos, la acción de los “bárbaros” jugó un papel central en el hostigamiento y caída de los grandes poderes. En los tiempos actuales, por las características de la política moderna “Estados Unidos no puede cazar solo a todos los sospechosos de Al Qaeda que se esconden en remotas regiones del globo. Tampoco puede lanzar una guerra cuando lo desee sin distanciarse de otros países y perder la cooperación que necesita para ganar la paz”.¹⁵

Siguiendo en la línea de Brzezinski, hace una lectura negativa de las

consecuencias de la guerra de Irak en el 2003, que si bien se logró el derrocamiento del “tirano”, no solo no solucionó la vulnerabilidad frente al terrorismo, sino que deterioró la popularidad de Estados Unidos en países que incluso habían prestado su apoyo en la guerra. George W. Bush decidió atacar Irak sin una segunda resolución de Naciones Unidas y con una reducida coalición de estados, generando dudas sobre la legitimidad del accionar de Estados Unidos y un crecimiento del sentimiento “antiamericano” en varios países, sobre todo entre los jóvenes. El autor cita el caso de Alemania, actual aliado de los Estados Unidos,¹⁶ que si bien se unió a la cruzada contra Al Qaeda, al momento de la Guerra de Irak tuvo dudas sobre las razones del gobierno norteamericano para llevar adelante dichas acciones militares, fundadas en el 9/11 y en la supuesta existencia de armas de destrucción masiva en aquel país. En consecuencia, nuevamente las encuestas marcaron que en 2003 una tercera parte de los alemanes menores de treinta años, dijeron que pensaban que el gobierno americano incluso podría haber organizado los ataques del 11 de septiembre.

En consecuencia, dice Nye que fue un triunfo desde el punto de vista del “poder duro”, pero un fracaso en términos de “poder blando”.

¹⁵ *Ibid.*, p. 119.

¹⁶ Angela Merkel proclamó en 2009 su “apasionado” compromiso con el “sueño americano”, al cual definió como “la oportunidad para todos de ser exitoso, de lograr el éxito en vida a partir del esfuerzo personal”. Agregó luego que “no hay nada que me inspire más, que me estimule más, nada que me llene más de sentimientos positivos que el poder de la libertad” inherente al sistema americano.

En síntesis, las tensiones entre las naciones no pueden resolverse solo en el plano militar, o en el de la fortaleza económica. Ahí entra a jugar el poder de la ideología y de la atractiva imagen que un país, en este caso Estados Unidos, puede proyectar sobre el mundo. Y acá resurge el tema de la opinión pública y el dominio cultural para un mayor y más eficaz control de la población. Un claro ejemplo de esto, citado por Nye, es el caso de Pakistán. Escribe el autor: “El Presidente Pervez Musharraf afronta un complejo juego de cooperación con Estados Unidos en la guerra contra el terror mientras tiene que lidiar con un gran electorado antiamericano en casa. Establece equilibrios entre las concesiones y las retractaciones. Si Estados Unidos fuese más atractivo para el pueblo paquistaní, veríamos más concesiones en esa combinación”.¹⁷

Y lo mismo sucede en la proclamada “lucha contra el terrorismo”. Estados Unidos puede arrasar con un país completo haciendo uso de su poderío militar. Así sucedió, por ejemplo, con Afganistán. Pero resulta que Al Qaeda solo tenía una parte de sus adeptos en dicho territorio. La organización cuenta con células en más de sesenta países, y como bien afirma Nye, Estados Unidos no puede bombardear estos grupos en Hamburgo, Kuala Lumpur o Detroit. Se requiere entonces de una firme cooperación civil, y esta cooperación se fortalece si el atractivo y la legiti-

midad de la política exterior norteamericana se afirman en la sociedad. Porque en definitiva, escribe Nye, “Si estás en un juego tridimensional, perderás si te concentras únicamente en un tablero y no verás los demás tableros y las conexiones verticales entre ellos —no serás testigo de las conexiones en la guerra contra el terror entre las acciones militares del tablero superior, donde derribamos a un peligroso tirano en Irak, pero incrementamos al mismo tiempo la habilidad de la red de Al Qaeda para ganar nuevos reclutas en la base, en el tablero transnacional.”¹⁸

El desequilibrio entre el “poder blando” y el “poder duro” utilizado por los gobiernos de Estados Unidos desde el 9/11, se evidencia en la resistencia de sectores de las clases dominantes al empleo de estrategias diplomáticas o vinculadas a la “batalla de ideas”, considerándolas como signos de debilidad. Del mismo modo que Brzezinski, Nye plantea con preocupación esta desproporción que se refleja incluso en las partidas presupuestarias. Estados Unidos gasta casi diecisiete veces más en el ejército que en sus relaciones exteriores. A esto debe sumarse que en realidad, como señala Nye, el ejército estadounidense “está diseñado para combatir más que para controlar, y el Pentágono bajo el Secretario de Defensa Donald Rumsfeld inicialmente recortó los entrenamientos para las misiones de mantenimiento de la paz. Estados Unidos ha formado un ejército que está me-

¹⁷ Joseph Nye: “El poder blando y la política exterior americana”, Ob. cit., p. 123.

¹⁸ Ibid., p. 130.

jor preparado para echar la puerta abajo, derrocar a un dictador, y luego irse a casa que para hacer el trabajo duro imperial de construir un régimen democrático.”¹⁹

Esto indudablemente limita la capacidad de los Estados Unidos para mantener sus planes de dominación, porque no hay dudas de cuán costoso es sostener la ocupación militar de un país y, bajo esas condiciones, mantener a una población dispuesta a aceptar la primacía norteamericana.²⁰

Ponemos así fin a esta breve presentación, con la esperanza de que la misma pueda servir como estímulo para examinar la obra y los argumentos de los grandes pensadores del imperio. Como hizo en su tiempo Martí, que al habitar en las entrañas del monstruo llegó a conocerlo mejor que nadie. Hoy debemos reeditar la labor martiana internándonos en las entrañas del pensamiento de los grandes intelectuales del imperio.

¹⁹ *Ibid.*, p. 132.

²⁰ Los datos disponibles revelan que un soldado norteamericano cuesta cerca de un millón de dólares al año. El gasto militar de los EE.UU. representa el 50% del gasto militar mundial, alrededor de 1 500 millones de dólares al año. Y según Chalmers Johnson, en *Empire of basis*, entre las reconocidas y las no oficiales, EE.UU. cuenta con poco más de 1000 bases militares en todo el mundo.